

En el caso, Basilio Pérez, según su misma confesión, violó una ley penal: luego debe presumirse que obró con dolo. Y, como no está averiguado lo contrario, ni exige la ley la intención dolosa para los delitos de robo, es evidente que Basilio Pérez es culpable del delito porque se le ha procesado, y por ello debe inflírsele la pena señalada por la ley.

No vale que alegue haber robado para satisfacer la imperiosa necesidad del hambre, que tanto á él como á su familia agobiaba; porque es esta una excepción que destruye la culpabilidad ciertamente, es decir, el dolo; pero que necesita probarse, y Pérez no lo ha hecho. Tiene, pues, en su contra, con aplicación ineludible, la presunción de la ley, y debe ser castigado.

El maestro Basilio fué condenado á la pena pedida por el señor Fiscal; se le redujó nuevamente á prisión y, por aquellos ciento veinticinco centavos, importe del pan y del chocolate que se comió su familia hambreada y miserable, sufre una larga prisión en la cárcel, quedando su mujer y sus hijos, tan infelices como dignos de lástima y compasión, en el más completo abandono y desamparo, en virtud de la aplicación filosófica del artículo 9.º del Código Penal.

SAN LUIS POTOSÍ

JOSE de J. JIMENEZ.

ORACION FUNEBRE EN ELOGIO DE MR.

LUIS ADOLFO THIERS

Pronunciada en San Luis Potosí la noche del
20 de octubre de 1877 por

Juan B. Barragan.

Que grande y magestosa es la muerte. Con ciudadanos y que pequeños y miserable aparece la vida ante la magestad y la grandeza de sus misterios! Riquezas, hermosura, sabiduría, poder, todas las bellezas más celebradas, todos los génius más ilustres, todas las dominaciones más imponentes, todo, todo se confunde y se pierde en el abismo insondable, de lo desconocido, todo se abate y se anonada ante el terrible y último golpe del destino y de la naturaleza. Y sin embargo de la incansable saña con que la muerte hiere y persigue á todos los objetos de la naturaleza, y á pesar de la fuerza omnipotente con que los destruye y los devora; no parece que los persigue sino

para salvarlos y enaltecerlos; no parece que los destruye sino para transfigurarlos y glorificarlos. Génio destructor y á la vez tutelar, la muerte salva á los séres en el instante en que parece perderlos y los cubre con la blanca vestidura de la inmortalidad en el momento en que parece arrojar sobre sus cenizas los negros crespones del olvido.

¡Y temblamos delante de la muerte, cuando después de abatirnos nos exalta y después de destruirnos nos transfigura; cuando después de la lucha nos concede la recompensa y después de los triunfos nos otorga la gloria! ¡Y temblamos delante de la muerte, nosotros viajeros fatigados con el polvo ardoroso de la tarde, que anciamos descansar en las apacibles moradas de la patria; flores marchitas con el ardiente sol de los trópicos que tan pronto perdemos los pétalos y los perfumes en este mundo de fantasmas; luchadores pépetuos de la mar, que con tanto empeño buscamos los puertos y las ensenadas, para poner á cubierto nuestra barca de las tempestades y de los vientos! ¡Y temblamos delante de la muerte, cuando la muerte es el descanso y la vida, cuando después del calvario de un día nos ofrece el glorioso Tabor de la inmortalidad! ¡Que tiemblen los cobardes y los pusilánimes!; pero no vosotros, hombres resueltos y animosos que caminaís con pié firme por el sendero escabroso de los trabajos y de los sacrificios, infatigables batalladores del bien contra el mal y de la verdad contra el error; no vosotros los que sosteneis la gloriosa lucha

del derecho contra la fuerza, de la virtud contra el crimen, del espíritu contra la materia; vosotros no debeis temblar ni estremeceros, sino bendecir y saludar á la muerte con la frente serena y con la sonrisa en los labios!

Venid pues, Conciudadanos, venid á saludar conmigo este monumento fúnebre, colocado en los dominios de la muerte, y admirar la grandeza de nuestros destinos inmortales: dad tregua un momento á la batalla y limpiad el sudor de vuestra frente, para que os presentéis en las riberas de la inmortalidad, con el aire de fiesta y de gala con que se presentaban nuestros padres, cuando luchaban con las fieras y con los verdugos, y cuando los tiranos los embarraban de cera y de betun para hacerlos arder como bugías. ¡Hijos de una raza de gigantes que el cristianismo dió á conocer al mundo formados no para la fugaz peregrinación que se hace en la vida, sino para la conquista inmortal que se alcanza con la muerte; venid á sondear sin miedo las profundidades del abismo y á sorprender los misterios de la tumba; pero venid con serenidad y con valor para no desmentir vuestro titánico y celestial origen! Uno de los hombres acaba de desaparecer en esa tumba, acaba de perderse en ese abismo, y es preciso seguirlo con los ojos y hasta interpelarlo con las palabras; porque todos los pueblos lo están interpellando y observando agrupados al rededor de su sepulcro, á cuyos bordes se inclinan y se asoman reflexivos y consternados. Acerquémonos nosotros y confundámonos con esa muchedumbre, para

tomar parte en las reflexiones y en la consternación general; porque sin duda el acontecimiento debe afectar á todos los pueblos, y á todos los hombres, cuando todos los pueblos y todos los hombres se han agitado y como visto de un modo extraordinario. *¡Un grito!* *¡Un grito!* semejante al estampido del trueno y propagado como el relámpago ha bastado para producir esa terrible y universal conmoción: ¡Adolfo Thiers se muere! ¡Adolfo Thiers ha muerto! este grito sólo, repetido por todos los continentes y por todos los mares ha sido bastante para conmover á todos los hombres, haciéndoles volver sus miradas hácia el punto del estruendo, como para buscar ansiosos con la vista la manera de desmentar el evolutivo de la fatal noticia. Al escuchar este grito terrible, todos los pueblos se pusieron en pie como movidos por un resorte; y todos como arrastrados por una fuerza irresistible y secreta corrieron con el espíritu al lugar de la catástrofe dudando de que Dios hubiera elegido semejante víctima y de que hubiera descargado semejante golpe. Más era verdad que Adolfo Thiers había muerto. *¡Adolfo!* y no quedaba más que esta tumba. *¡Adolfo!* Pero ¿quién es este hombre? Ciudadadanos, ¿cuya muerte así consterna á todos los pueblos y al parecer conmueve hasta las entrañas de la humanidad? ¿Qué contiene esta tumba á donde todos corremos presurosos no para depositar coronas, sino para buscar en ella el libro de la muerte donde estudiar los deberes de la vida? ¿Quién es este hombre,

que después de una larga carrera de contradicciones y de luchas se despide al fin de la vida, recibiendo el fraternal y universal adiós de todos los hombres y de todos los pueblos? No es sin duda uno de aquellos políticos ruidosos, que desfilando la astucia y la fuerza, sostienen con la fiterza y con la ostasia á esos gobiernos de brillante ropaje, pero de cuerpo raquíptico y enfermizo, como todos los cuerpos que no respiran el aire purísimo del derecho y de la justicia. No es sin duda un soldado, uno de esos agitadores y mantenedores de la guerra que confundiendo la gloria del valor patriótico con la orgía de la matanza, creía engrandecer á las naciones salpicándolas de sangre. No es sin duda tampoco uno de esos ambiguos personajes que se llaman hombres de Estado, que no saben robustecer el poder sino entecandando la libertad, y que para salvar las situaciones de un día, sacrifican los principios de la justicia, y con ellos el porvenir de las generaciones en marcha. No es sin duda, por último uno de esos infames y perversos diplomáticos, hipócritas y fariseos de la humanidad, que en las conveniencias puramente materiales con la apariencia de las conveniencias morales, y que para engrandecer á las naciones donde viven como serpientes, debilitan ó destruyen cobardemente á los pueblos débiles é inofensivos que les sirven de estorbo para sus engrandecimientos criminales. *¡Adolfo!* No, Ciudadadanos, Adolfo Thiers no es ninguno de estos hombres á quienes el olvido fatal de los principios ha llamado celebridades

de la tierra; porque si fuera alguno de ellos, su tumba no se encontraría bañada por los brillantes resplandores de la inmortalidad y de la gloria. Si Adolfo Thiers llevara alguno de esos nombres así estigmatizados por el honor y por la probidad, su memoria no recibiría bendiciones sino maldiciones; porque la humanidad no puede tener sino anatemas para los hombres que le han engañado y martirizado, comprometiendo sus destinos y retardando con su conducta el desarrollo de la civilización. Si Adolfo Thiers tuviera alguno de esos nombres así ennegrecidos y manchados, su muerte no habría consternado á todos los pueblos, ni éstos se habrían apiñado al rededor de su tumba, como al rededor de la tumba de un hermano, como al rededor de una cátedra de enseñanza levantada por la muerte. No lo habrían hecho indudablemente, ni nosotros los republicanos de México habríamos venido á admirar al ilustre personaje, confundiéndonos con el universal y fraternal concurso. Sin advertir acciones y tendencias muy distintas de las de aquellos hombres y sin observar en su conducta las luminosas huellas de nuestras creencias morales y de nuestras convicciones políticas, jamás nos habríamos prestado á tributar á un farsante de corte y de tribuna, este homenaje de admiración y de respeto, solo debido al merito y á la virtud.

Pero aún con esos nombres, suponiéndolos tan limpios y tan brillantes como los han llevado los hombres de bien, jamás habría conquistado la memoria de Thiers con ellos solos,

los homenajes sinceros y universales que se le han tributado y le seguirá tributando la posteridad. Antes que Adolfo Thiers, han muerto políticos muy inteligentes, esclarecidos hombres de Estado, diplomáticos muy hábiles, tribunos prudentes y valerosos, republicanos ilustres, escritores insignes, elocuentes oradores, historiadores profundos, poetas filósofos muy amados, hombres en fin, honrados, sabios y benéficos en toda la estensión de la palabra; y sin embargo ninguno de ellos había conmovido tanto á los pueblos con su muerte, ni había desaparecido de la tierra en medio de las lágrimas y las bendiciones universales. Esto quiere decir que Adolfo Thiers, ha conquistado estas sentidas y generales demostraciones con otros títulos más respetables y más augustos, que esos títulos augustos y respetables es cierto, pero que no conmueven al mundo ni lo preocupan colectivamente, como lo preocupan y conmueven otras acciones de más alto vuelo y de mayor alcance. Esto quiere decir, que Adolfo Thiers ha prestado un gran servicio á la causa del bien y de la humanidad, y que lo ha prestado en circunstancias tan difíciles y supremas, que el servicio ha sido de una importancia absoluta y universal, como universales y absolutas han sido las consecuencias.

Y así ha sucedido Conciudadanos; porque Adolfo Thiers, vigorizado con las luchas, ilustrado por las meditaciones y casi inspirado por las revelaciones de la edad, fué en el último período de su larga y fatigosa vida, no el

grande hombre de su patria, sino el grande apóstol de la humanidad, destinado por la Providencia para fortalecer la fé de los pueblos, debilitada por el menosprecio de los principios, y para reanudar sus esperanzas abatidas por las derrotas del derecho. Esta fué su misión, y en desempeño de tan augusto ministerio defendió valerosamente la justicia de las causas, la libertad del despotismo y el derecho de los rudos golpes de la fuerza. Esta fué su misión, y la cumplió como sabéis con abnegación sublime, en circunstancias sumamente difíciles, cuando los pueblos espantados y desahucados desesperaban de que se salvaran y conservarían esos grandes principios sociales, al ver tantas ambiciones satisfechas y tantas usurpaciones triunfantes.

Adolfo Thiers, casi trasfigurado por su misión, procuró restaurar y sostener estos principios eternos y morales, menospreciados por la ambición y por el orgullo, que las naciones no pueden ni deben engrandecerse, sino respetándose á sí mismas y respetando á las demás, y que los engrandecimientos adquiridos con mengua del derecho ageno y con ultraje del derecho propio, no son mas que engrandecimientos engañosos, brillantes aglomeraciones de combustible, que tarde ó temprano producen una explosión, ocasionando catástrofes espantosas. Retirado de la antigua política, en la que tanta parte tomó al lado del monarca de 1830, pudo en el retiro y con el estudio que había hecho de los hombres y de

las cosas, comprender toda la extensión de los perjuicios que ocasionan á los pueblos interior y exteriormente, las contemporizaciones alternativas con el derecho y con la fuerza, con la represión y con la libertad, empleadas para garantizar los intereses bastardos de los gobiernos con detrimento de los intereses legítimos de las naciones.

De aquí los nobles esfuerzos del anciano, para que el gobierno de su país, ajustara estrictamente su conducta á los principios inquebrantables del derecho, tanto para desarrollar y proteger las libertades nacionales, como para mantener y cultivar las relaciones extranjeras. De aquí sus deseos de que la Francia, diera de mano á las aspiraciones dinásticas, entrando resuelta en el campo del porvenir bajo los auspicios de la libertad republicana: comprendiendo que solo con este paso progresivo podía conservar la fuerza y la grandeza, que ya no le podían dar, ni los cetros de sus reyes, rotos ó gastados en sus manos, ni las armas victoriosas de sus soldados, inútiles é impotentes ante las exigencias de la civilización y del derecho. Thiers deseaba que la Francia se engrandeciera por sus propios esfuerzos, por los esfuerzos sociales, más enérgicos y poderosos que los esfuerzos de un hombre ó de una casta; atrayéndose el amor y el respeto de los pueblos, no por el brillo de sus armas lanzadas ó expediciones reprobadas por la justicia, sino por el brillo de su poder moral cimentado sobre los principios de la paz y de la

Fraternidad, de la libertad y del derecho. Por esto levantó su voz, aun con riesgo de su popularidad, para reprobar la expedición que nos trajo á nosotros el Imperio y la desgracia; y por esto mismo también, revestido de la más grande entereza, trató de impedir la funesta guerra con Prusia, cuyas causas y oportunidad no podía aprobar bajo los principios que profesaba, aun siendo como era uno de los primeros y más grandes patriotas de su país. De esta manera defendió la justicia de las asechanzas de la ambición, que ciega y obstinada la sacrificaba á sus caprichos, cubriendo el atropellamiento con el velo transparente de las conveniencias políticas.

Con este espíritu de justicia, con este liberalismo de sentimientos y con esta magnitud de miras lo encontraron las grandes desgracias de su patria; y ya sabeis como y de qué manera salvó á la Francia del sable de Bismark y de la tea de la Comuna; evitando que el derecho se estrellara contra la fuerza, y que la civilización se perdiera en los antros de la barbarie. Aquel fué un grande esfuerzo, Conciudadanos, un esfuerzo tan grande que no nos es dado medirlo con las medidas comunes, ni valorizarlo con los valores ordinarios. Si Thiers en estas circunstancias hubiera sido simplemente un político, no habría podido ejecutar aquella maniobra de gigantes; porque su habilidad y su vigor habrían sucumbido ante dos resistencias al parecer invencibles y omnipotentes: ante la inexorable resolución de un

soldado que quería que todo derecho desapareciera en presencia de la fuerza victoriosa; y ante la desesperada energía de una turba de extraviados, que pretendía borrar hasta las huellas del pasado para levantar el edificio del presente; olvidándose frerética de que el presente no puede levantarse ni caminar sin el auxilio del pasado; por que el pasado es quien lo empuja con la fuerza de sus necesidades hácia las regiones de la luz, en busca de la perfección y del adelanto.

Para ese esfuerzo colosal, necesitó de toda la fé y de toda la abnegación de un apóstol; para no doblegarse ante el enorme peso de las dificultades que se le criaban, para no sucumbir ante los sacrificios que se le exijían y para permanecer firme y sereno ante la tormenta, con la seguridad de que se vencerían fácilmente todas las dificultades y de que se harían heroicamente todos los sacrificios. La grandeza de los resultados, superiores á todos los cálculos, probó y enalteció la previsión del hombre y la fé del apóstol; probando además, que los esfuerzos de los hombres providenciales son dirigidos y sostenidos por las fuerzas latentes de la fé, cuyas fuerzas todavía no conocemos nosotros como no conocemos de lo que son capaces para vigorizar y engrandecer las acciones humanas. Así es como salvó aquellos grandes intereses, sacándolos de las ruinas y de los escombros bajo que habían quedado sepultados al golpe rudo y destructor de la conquista y de la barbarie.

Pero una vez salvados esos grandes intereses, era necesario defenderlos y conservarlos á todo trance; y éste era el más grande y el más difícil de los trabajos. Otro hombre cualquiera habría procurado conservarlos y defenderlos por los medios ordinarios, que tanto complacen al que los emplea como hacen sufrir á los pueblos donde se ensayan: tal hombre habría procurado su conservación ó su defensa, eclipsando la civilización y deprimiendo el derecho, para que la luz de la verdad no reverberara sobre los ojos, ni la fuerza del deber despertara y sublevara las conciencias. Así lo habría hecho un hombre vulgar, porque los hombres sin principios que regulan las evoluciones del mundo moral por los fenómenos del mundo físico, creen que no hay mejor remedio para evitar que los hombres se extravíen en las plazas y en las calles, que privarlos de la vista y mutilarlos de los pies; economizando así hasta el trabajo de dirigirlos y cuidarlos. Otro hombre que Thiers, habría procurado tan importante objeto, vigorizando el poder por medio de una *robusta dictadura*, en la que la soberanía de la inteligencia y del derecho quedara subordinada á la soberanía del sable y de la voluntad individual. Pero Adolfo Thiers, que conocía muy bien que sólo es autoridad robusta y respetable la que comienza por organizarse conforme á los principios, haciendo cumplir todas las obligaciones, pero tomándose el trabajo de respetar todos los derechos, no creyó justo ni conveniente valer-

se de poderes y fuerzas falsas y pasajeras, cuando se necesitaban fuerzas y poderes reales y efectivos, para defender y conservar tan delicados y universales intereses. Valerse además de aquellos medios y apelar á tales recursos en presencia del conquistador y del hambre de la espada, habría sido canonizar su conducta, plegando la bandera del derecho ante la bandera de la fuerza; habría sido coronar un triunfo que importaba disminuir y reprobar.

Adolfo Thiers lo comprendió así como lo había comprendido el mundo; y á la vista todavía de las huestes victoriosas de los nuevos Ajaricos; cuando todavía se estremecía la tierra con las pisadas de cien monarcas coligados para oprimir á la Francia; cuando se escuchaban aún las voces implacables del vencedor imponiendo la ley á los vencidos, y cuando todavía se proyectaba en el palacio de Versalles la sombra imponente de Guillermo, recibiendo la corona imperial construida con el oro de cien coronas para simbolizar la unión de los hombres de la fuerza; en estos momentos supremos y terribles y en presencia del universo absorto y consternado, afianza y levanta en ese mismo palacio la bandera sagrada de la República que antes se había levantado para salvar á la patria, y la afianza y la levanta con mano fuerte y vigorosa, para llamar ahora á la libertad y confiarle la defensa de sí misma, de la civilización y del derecho. Esto era protestar contra todas las violen-

cias y todas las usurpaciones, contra todas las tiranías y todos los despotismos, retándolos valerosamente ante el tribunal severo de la justicia y del derecho, para procesarlos y condenarlos á nombre de la conciencia y de la humanidad. Esto era llamar á toda la Francia y al universo todo, para que bajo la bandera de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad, corrieran á defender y conservar tan sagrados intereses, amenazados de muerte no sólo por los despotismos domésticos y transitorios, sino por los despotismos sistemáticos y tradicionales, que se organizaban formidables y resueltos, para avasallar y dominarlo todo.

El mundo, que lleno de angustia había estado pendiente de la lucha, que había entrado en una ardorosa desconfianza con la conducta de la Prusia y que esperaba con ansiedad el desenlace de uno de los dramas más terribles que registra la historia, lanzó un grito de admiración y de alegría al ver flamear la bandera de la paz y de la fraternidad en medio de los instrumentos de la guerra y de la matanza y sobre las ruinas donde al parecer todo había quedado perdido y sepultado. El mundo como la Francia correspondió al llamamiento; la Francia con todas sus fuerzas físicas y morales; el mundo con su adhesión y con sus votos hacia aquel orden de cosas, que inauguraba grandes sacrificios, pero que también hacía concebir altísimas esperanzas. El mundo aplaudió calurosamente la conducta

del Apóstol, como aplaudió la conducta de todos los hombres que le ayudaron á levantar aquella gloriosa bandera, bajo la que tarde ó temprano se han de desarrollar y consolidar las instituciones naturales de la sociedad, y con ellas el imperio de la paz, de la fraternidad y de la justicia.

Este fué un gran día Conciudadanos, uno de los acontecimientos más notables que han conmovido á los pueblos, ansiosos de disfrutarle para su engrandecimiento, el derecho á la fuerza y la libertad al despotismo. Y como la Francia es la hermana mayor de las naciones, la que las ha iniciado en el lenguaje de la libertad, enseñándolas á romper los instrumentos de la fuerza con el martillo del derecho eterno; natural fué su admiración, y natural su regocijo, al verla revestida otra vez con el ropaje modesto y sencillo de la República, y al ver á su ilustre salvador apadrinando el acto interesante de su gloriosa investidura. Natural fué que todos los pueblos consideraran desde entonces á Adolfo Thiers, no como á un francés, sino como á un hermano consagrado á defender y conservar los grandes principios de libertad y de justicia, cuya práctica universal ha de formar un día las delicias del género humano. Contribuyendo además tan poderosamente á consolidar en Europa la República francesa, levantó con la fuerza de los principios republicanos, con sus tendencias y sus aspiraciones, una grande y verdadera trinchera, para resistir á esos po-

deres ciegos y terribles, que desde el Rhin hasta los hielos de la Siberia se oponen á toda transformación social, que menoscaba la autoridad del sable y de la voluntad. Porque sólo la República con la inagotable virilidad que le dá el concurso de todas las inteligencias y de todas las voluntades, es la única que puede resistir y combatir á esos poderes formidables, que para su ensanche y para su predominio *“combinan fácilmente las fuerzas ciegas y fatales de la Asia con las fuerzas inteligentes y libres de la Europa; que caminan siempre de usurpación en usurpación como si nunca pudieran ser reprimidos; que no tienen límites naturales ni otros que les puedan ser asignables, y que si lo han menester, se refugian en las inaccesibles guaridas del Norte ó en el incendio pavoroso de sus capitales.* Porque sólo la República con su elevación de miras; con su confraternidad de sentimientos, con su libertad de acción y con su plenitud de fuerza, puede contener y reprimir esos poderes absolutos de raza y gerarquía, que divinizando el hecho y no el derecho, al hombre y no á la ley, amenazan desbordarse por el mundo, para convertir á las naciones en otros tantos cuarteles, sugetos á un sólo pensamiento y á una sólo voluntad. Thiers lo comprendió así, y se apresuró á construir el dique que impidiera el desbordamiento, á levantar el malecón que contuviera el torrente; por eso se esforzó en consolidarla República, como el único malecón de la fuerza, como el único dique del des-

bañándose con una luz que jamás se extingue, y que nosotros no conocemos en este mundo de debilidades y de tinieblas. Vive y mejor que ayer sostiene y levanta hasta los cielos el estandarte glorioso de la República, tremolándolo en las alturas inmortales para convocar á su alrededor á todos los hombres y á todos los pueblos. Correspondamos al llamamiento para alentar la fé de nuestros hermanos; á fin de que la mantengan en alto con su indomable energía, aún cuando mañana la abandonen ó pretendan desgarrarla, los extraños que la adoptaron ayer sólo para salvarse de la tormenta que lo habría despedazado todo con sus rayos destructores. Corramos presurosos hácia ella para ofrecerle como buenos hijos nuestra adhesión, nuestras fuerzas y nuestra sangre; pero corramos adornados de todas las virtudes, porque esa bandera levantada hoy sobre un sepulcro, puede ser mañana la bandera de la República universal, que sólo ha de cubrir á los hombres templados en el austero cumplimiento del deber. Corramos y bendigamos esa tumba que hoy le sirve de pedestal; porque es la misma tumba por donde nuestros padres entraron á la inmortalidad, después que libres de la esclavitud de la vida, alcanzaron gloriosos la libertad de la muerte. Bendigamos esa tumba porque es una tumba republicana, que nos recuerda las ideas, los trabajos y los triunfos de un Apóstol de la República: es la herencia que Adolfo Thiers le deja á la humanidad; herencia de grandes recuerdos, de grandes estímulos y de grandes e-

templos, más rica y más valiosa que la herencia ensangrentada de Leuctra, que el hijo *invencible* de la Bocioa les dejó á las comarcas belicosas de la Grecia.

¡Pueblos de la tierra! venid á inspiraros y á fortaleceros al borde de esta tumba para continuar la lucha que teneis que sostener; esa lucha titánica y porfiada del bien contra el mal, de la libertad contra la tiranía, de la justicia contra la iniquidad, del derecho contra la fuerza. Venid á inspiraros y á bañaros de luz en las puertas de la inmortalidad, donde acaban las sombras de la noche y donde comienzan los brillantes albores del día sin fin. Venid llenos de fé y de esperanza, acordandolos de que sobre las tumbas es donde se levantan todos los estandartes de las grandes causas, como se levanta sobre una tumba el estandarte divino que le recuerda á la humanidad, que Cristo venció el mal sobre una tumba y sobre una tumba triunfó de la muerte.

DIJE.

LA CALLE DEL DUENDE

Isabel y Lorenza se llamaban dos hermanas jóvenes de 19 y 20 años respectivamente, hijas de Fernando Aguilar y de su esposa Carmen Mercado.

Esa familia vivía en la Ciudad de Guanajuato á principios del siglo pasado, y Fernando la sostenía trabajando en las minas de Valenciana.

Parecía que nada podría alterar la tranquilidad en aquel hogar.

Fernando llevaba semanalmente á su esposa el producto de su trabajo y Carmen y sus hijas hacían sus compras para toda la semana y se dedicaban en el interior de su casa á los quehaceres propios de su sexo, y muchas veces ayudaban á los gastos de la familia con lo que les producía alguna obra de costura y de repostería.

Un domingo, entré la multitud de gente que había ido á oír misa de once en la Parroquia de Guanajuato, salieron las bellas hijas del